

## X

Hemos citado á D. José Heriberto García de Quevedo como caso rarísimo de estro poético nacido del catolicismo liberal y revolucionario, cuyas ilusorias esperanzas se disiparon con rapidez lastimosa. Fuera de esto, el no común saber, el caballeresco entusiasmo con que se ponía Quevedo del lado de cuanto era ó él consideraba justo, su lozana imaginación y la pasmosa afluencia con que escribía y versificaba, hubieran hecho de él muy notable poeta si no se hubiese empeñado en ser sobrado fecundo. La abundancia es vitanda casi siempre, sobre todo para quien escribe en verso. Para que se tolere, aunque tal vez no se aplauda, menester es que se muestre en un Lope, mónstruo de naturaleza y fénix de los ingenios.

*Pase et hanc veniam petimusque damusque vicissim*, que á destajo se escriban libros en prosa, tomándolo por oficio; pero en verso, casi estoy por afirmar que es pro-

fanación y abuso escribir demasiado, y más aún si previamente se contrata con un editor lo que ha de escribirse ó se escribe por el aliciente del lucro. Y todavía, en Inglaterra, por ejemplo, donde ya desde el primer tercio del siglo xix el lucro podía ser considerable, ejercicio semejante tiene alguna disculpa. A Moore y á Byron solían pagarles por cada verso una ó dos guineas; pero en España dudo yo que ni en el día de hoy haya quien dé por cada verso tres ó cuatro reales. Lo mejor, pues, es no escribirlos, ó escribirlos de balde y tomar otra profesión para ganarse la vida: imitar á Rousseau, que copiaba música, ó á Benito Spinosa, que pulía lentes, ó á Hans Sachs, que era zapatero.

Otra profanación comedió Quevedo con la musa, tomando por compañero ó cómplice de su delito nada menos que á Zorrilla. Acomodándose ambos con la misma musa, que vino á resultar *poliándrica*, compusieron varios poemas de los más contrapuestos asuntos: uno de la vida de la Santísima Virgen, con perdón sea dicho, y otro sobre aquellas cinco ciudades situadas en las orillas del Mar Muerto, abrasadas por el fuego de la ira de Dios á causa de sus impurezas nefandas. Pero ¡qué mucho, cuando Zorri-

lla se allanó á rebajar el dón que obtuvo del cielo, y á malbaratar su labor artística hasta componer poemas que se ajustasen á ciertas estampas, en vez de exigir y de conseguir que se dibujasen y grabasen estampas bonitas para ilustrar sus poemas!

No hay mal que por bien no venga. Lo improductivo é ingrato de la profesión de poeta hizo que casi nadie poetizase desde entonces hasta ahora por profesión, con lo cual hubo de ganar la poesía en sinceridad y buena ley. Rara vez se escribió por escribir, sino cuando quien era ó se creía poeta estaba agitado por el estro.

Con la mayor formalidad se ha sostenido en el Ateneo que la forma poética está llamada á desaparecer; pero los hechos demuestran lo contrario. A pesar de la innegable indiferencia ó corta afición á la poesía que hay en el público, hoy como nunca sale verdadero el refrán que afirma que de poeta y loco todos tenemos un poco. Apenas hay personaje que se haya distinguido en el foro, en la tribuna, en la administración del Estado, en la pública enseñanza y en otros altos menesteres, que no haya empezado por ser poeta y que no haya seguido siéndolo si el público le ha prestado atención ó le ha concedido algún aplauso.

No acepto yo como verdadera la sentencia de Horacio condenando á los poetas medianos. Prescindiendo de la dificultad que hay para señalar los límites entre la medianía y la excelencia, y de la corta ó ninguna autoridad que para hacer tal demarcación tengo yo ó tiene un crítico modesto cualquiera, todavía puede haber y hay poetas medianos, cuyas obras son de muy agradable lectura y algunas de las cuales pudieran figurar brillantemente en una selecta antología.

Los líricos españoles del siglo XIX son en tanto número, que, no ya examinar y juzgar sus obras, sino citar los nombres de todos es imposible en este breve trabajo. No se atribuyan, pues, á desdén nuestras omisiones.

Entre los personajes que en la tribuna y en el gobierno del Estado acertaron á distinguirse, figuran también como poetas líricos Ríos Rosas, Aparisi Guijarro y Cánovas del Castillo; en las cátedras de Universidades é Institutos, algunos de tanto mérito como D. Francisco Sánchez de Castro; en las oficinas y Direcciones del Ministerio de Hacienda, D. Francisco Luis Retes y don Lope Gisbert, que puso en lindos versos castellanos las mejores leyendas del ciclo

de la Tabla Redonda, escritas por Tennyson en lengua inglesa; en Gracia y Justicia ó en la magistratura, si la memoria no me engaña, los Sres. Arnao, Cervino y otros; y en la carrera diplomática una gran multitud de versificadores, de cuyos aciertos y desaciertos sería prolijo y enojoso además dar aquí cuenta sin error y sin omisión, calificándolos á todos y colocando á cada uno en el lugar que se debe. Baste citar aquí, entre los poetas diplomáticos, á D. Fernando de la Vera é Isla; á D. Juan Bautista Sandoval; á D. Gavino Martorel, hermano y sucesor en el título del Duque de Almenara Alta, de quien ya hemos hablado; al fértil D. Emilio Olloqui, laureado por la Real Academia Española á pesar de su dicción superfina y archiculta; y á D. Rafael García Santisteban, que, si bien adquirió fama componiendo comedias, zarzuelas y sainetes, algún derecho tiene á ser también como poeta lírico considerado.

Justo es consignar aquí que el aficionado á la poesía ó el poeta de afición que tuvo verdaderas prendas de poeta, aunque se emplease en faenas de *pane lucrando*, conservó la tersura y limpieza del espejo en que se reflejaba el mundo encantado de sus ensueños, y se manifestó muy distinto y

hasta contrario á lo que fué en la vida ordinaria y real cuando tomaba la lira y cantaba. Fué como si Catón, al escribir en su libro de memorias las sumas de dinero que daba á usura, se hubiese valido del agudo puñal con que se mató para no sufrir al tirano y para no ampararse de su magnanimidad insegura. Fué como si la *Tizona* y la *Colada* hubiesen servido de asadores y acicalado después el uno ó el otro acero, dotado de más fino temple y esgrimido por la diestra del Cid, hubiese servido á este héroe para matar moros y realizar hazañas apenas creíbles. Así el dirigir el movimiento de mercancías de una extensa red de ferrocarriles, mostrándose apto y hábil, no embotó la exquisita sensibilidad, no disipó los místicos ensueños, ni manchó la pureza y elegancia de dicción, ni abatió el impulso del vuelo y de los raptos líricos que don Wenceslao Querol muestra en sus hermosas composiciones. Así también en la satírica prosa diaria en que D. José Selgas, en nombre de un pasado irrevocable ó falso, entre retruécanos, agudezas ingeniosas, aunque á menudo pueriles y rebuscadas, y alambicados epigramas, se desata en burlas y en injurias contra el espíritu de la edad presente, y contra hombres, cosas é instituciones,

nadie acertaría á descubrir al candoroso, sencillo y dulce poeta de las flores, al autor de *La Primavera* y *El Estío*. Y así, por último, en la suave melancolía, en el fervor religioso y en la placidez y elegancia de *Las mujeres del Evangelio*, sería difícil ver la huella del hastío, de la desesperanza ó de las insanas y violentas pasiones que arrastraron á Larmig hasta el suicidio.

Entre los que han adquirido celebridad, ya con obras para el teatro, ya con escritos en prosa de diverso género, y que no por eso han dejado de pulsar la lira, pudiéramos colocar aquí largo catálogo. Limitémonos con todo á recordar los nombres de los dos en nuestro sentir más estimados y populares: Narciso Serra y Eusebio Blasco.

El estudio de una ciencia en cierto modo nueva, al menos por haber recibido el nombre especial de estética y por formar un cuerpo de doctrina, así como la divulgación del conocimiento de nuestra historia literaria y de los antiguos modelos, merced á trabajos eruditos y á nuevas ediciones, entre las que sobresale la *Biblioteca* de D. Manuel Rivadeneyra, acrisolaron el buen gusto en la mitad del siglo XIX, conservaron y fomentaron en España la inclinación á lo propio y castizo, y defendieron nuestro Par-

naso de la invasión de la barbarie y de la furiosa venida de no pocas exóticas extravagancias.

Algunos críticos, curiosos investigadores y discretos historiadores de nuestra antigua literatura, fueron ó procuraron ser igualmente poetas, lográndolo, á mi ver, cuando su maestría en el manejo del idioma, su aguda percepción de ajenas bellezas artísticas y su buen gusto adquirido y depurado al examinarlas, llegaron, por virtud del amor ó de otro sentimiento generoso y alto, á encenderse en la llama creadora y á resplandecer con ella. Entre tales poetas, poco reconocidos por el vulgo, pero legítimos, pongo yo en primer lugar á D. Aureliano Fernández Guerra, como dramático merecedor de encomio por la parte que tuvo en la creación de *La rica hembra*, y como lírico más estimable aún por los lindos y apasionados versos que dedicó á *Higiara*. Y pongo también, si no con mayor fundamento, con mucha mayor obligación, porque escribí en 1880 el discurso encomiástico que va al frente de la edición póstuma de sus poesías, al doctísimo autor de la *Historia crítica de nuestra literatura* y de la *Historia de los judíos de España y Portugal*, complaciéndome ahora en poder ser conse-

cuenta sin el más mínimo rubor y en no tener que arrepentirme. Lo que dije entonces lo repetiría yo ahora si tuviera espacio para ello. Diré, con todo, en resumen, que el saber, lejos de estorbar el vuelo de la inspiración poética, es garantía del recto juicio, del buen gusto y del tino del que poetiza; que si la erudición no da á quien la tiene aquel furor sacrosanto y aquella locura divina que hace del poeta un sér singular, tampoco la ignorancia atrae sobre nadie, como si le lloviesen del cielo, estos maravillosos carismas; y que yo no quiero ni puedo dar á nadie patente de *genio* y título de gloria inmortal, valedero y persistente en los siglos futuros. Limitándome sencillamente á lo que puedo y debo limitarme, sólo sostuve hace más de veinte años, y sostengo hoy, que las poesías de D. José Amador de los Ríos no desmerecen de sus obras en prosa, sino que les llevan ventaja, porque en estas últimas, el afán de que nada se quede por decir y de que todo se dilucide, hace á veces al autor un tanto difuso, mientras que en verso es conciso y sobrio. Bien se puede afirmar, pues, que sus versos acaso serían más celebrados si la reputación de erudito de que goza el autor no los eclipsase un poco dándoles sombra; pero

aun así resplandecen y resplandecerán siempre, como verdadera poesía, elegante, discreta é inspirada, algunas composiciones, como, por ejemplo, la *Oda* á Fray Luis de León, la *Epístola* á Parga sobre Salamanca, y el romance titulado *La palabra del Rey*.

Otros críticos y eruditos aficionados á la poesía han escrito versos también, aunque con corta fortuna y poco aplauso. Me limitaré á citar aquí el nombre de uno solo de los aludidos, así por la importancia que tuvieron y tienen sus juiciosos y discretos estudios sobre nuestro teatro contemporáneo, como por el mérito y el valer de sus investigaciones y trabajos sobre nuestro teatro anterior á Lope de Vega. Ya se entiende que aludo á D. Manuel Cañete, cuyo nobilísimo carácter y cuya generosa bondad, mal encubierta por la severa é intransigente condición de su genio, le hicieron en vida tan estimado y querido de cuantos le trataron, ganándole después de su muerte el elevado aprecio y la simpatía hasta de aquellos que más le habían combatido y procurado rebajarle.

No es este el lugar de hacer la apología de los versos de Cañete, pero sí el lugar de decir que, tanto sus versos como los de algunos otros autores que se hallan en caso

semejante, han sido tratados con injusticia cruel por escritores y por parte del público, á quienes la pasión política movía. Los así tan agriamente censurados no puede negarse que habían provocado la censura extremándose antes en hacerla con no menor crueldad, de las ideas, opiniones y personas que por entonces más predominaban. Y todo ello en pro de un ideal de perfección ó de excelencia que ponían en el siglo xv ó en el xvi, y por el que reprobaban las novedades como horribles y desastrosas. Cada uno de estos Jeremías pudiera calificarse de

*Laudator temporis acti, castigatque minorum.*

Los partidos liberales los hacían blanco de su odio y los señalaban con los apodos, ya de obscurantistas, ya de retrógrados, ya de neocatólicos, ya de clericales, ya de ultramontanos.

La contienda promovida por unos y otros se exacerbó desde la fuga de Roma de Pío IX, y ardió en llamas cada vez más vivas, primero á causa de los excesos revolucionarios en Francia, Alemania é Italia, y más tarde por la revolución que arrojó de España á los Borbones, hasta que el movimiento militar de Sagunto los restauró, llamando á D. Alfonso XII al trono de sus

mayores. Esta contienda, por último, da muestras de renovarse harto inoportuna y lastimosamente en el día de hoy.

Allá por los años de 1850, el espanto de los burgueses tuvo sobrada razón de ser, y sobreexcitó la fantasía y el talento discursivo de muy claros oradores y corifeos de nuestros partidos medios, impulsándolos hacia la reacción más declarada y extremosa. D. Juan Donoso Cortés, de quien ya hemos hablado, fué el egregio adalid de esta tendencia reaccionaria. Su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* fué algo á modo de poema apocalíptico, donde sin las trabas de la rima y del metro anatematiza el autor cuantos son los fundamentos de la moderna cultura, sosteniendo la imbecilidad de la razón humana, la atracción con que al error se une y el odio satánico con que rechaza la verdad; de lo que deduce que nuestro linaje es despreciable y vil por naturaleza, y que sólo se rehabilita y se ennoblece por gracia sobrenatural y como por milagro.

No recordaron, ó no quisieron recordar, ni Donoso ni los pensadores que hasta cierto punto le siguieron, que el socialismo y el comunismo son en teoría antiquísimos, y que Platón, Tomás Moro y Campanella

preceden á Saint-Simon, Fourier, Cabet, Luis Blanc y Proudhon, y que el socialismo y el comunismo son también antiquísimos en la práctica, motivando en diversas y remotas épocas guerras más sangrientas y encarnizadas que las jornadas que hubo en París, y crímenes no menos feroces que los de los nihilistas. De aquí el hondo terror que inspiró el advenimiento de lo que se llamó *cuarto estado*, y el desconsolador vaticinio de que la moderna civilización tocaba ya á su término, y de que la incrédula Europa, dejada de la mano de Dios, iba á morir á manos de nueva barbarie.

Donoso Cortés exageró con intransigencia rudísima lo funesto de sus profecías y lo inaudito del mal, á su ver sin remedio, como el mismo Dios, movido por su misericordia, no acudiese á salvarnos. Las afirmaciones de Donoso, dichas en prosa, nos parecen muy paradójicas, pero puestas en buenos versos producen un efecto maravilloso y no parecen absurdas, porque la poesía, cuyo lenguaje es apasionadísimo y vehemente, se presta á decir cuanto se quiera, sin que choque, con tal de que se diga bien. De esto se encargó un ilustre amigo de don Juan Donoso Cortés, el egregio poeta don Gabriel García Tassara, la más pura é in-

discutible gloria, en mi opinión, de la fecunda escuela poética de Sevilla. El liberalismo, la fe en el progreso y muchas no dominadas inclinaciones de librepensador que Tassara conserva y no disimula, le hacen mil veces más simpático que á Donoso hasta á los más recalcitrantes progresistas que llegan á leerle. Tassara, que empezó á escribir desde muy joven, y que compuso sus mejores versos hacia los años de 1850 y 1851, no los reunió en un volumen sino mucho más tarde: en el año 1872. En tan largo período tuvo ocasión y tiempo de sentir las sucesivas impresiones de la revolución de 1848, de la elevación al trono imperial de Napoleón III, de la guerra de Crimea, del triunfo de Italia auxiliada por Francia, de la realizada unidad de esta nación y caída del poder temporal del Pontificado, de la lucha entre Prusia y Austria por la hegemonía germánica, del triunfo de Prusia primero sobre Austria, y luego sobre el Imperio francés, que cayó de resultas, y, por último, de la revolución y de la contrarrevolución de España, que expulsó á los Borbones y que pronto los restauró, después de algunos años de infecunda y borrascosa anarquía. Sobre lo sustancial de todo esto fantaseó y filosofó Tassara cuan-

to quiso, poniendo en verso su filosofía de la historia, y cantando sus profecías, ora lamentaciones, ora esperanzas, en tono alternativamente serio y jocoso, aunque, para mi gusto, más que en lo jocoso atina en lo serio. Sus conversaciones con el diablo me parecen harto enmarañadas, y á menudo recelo que Tassara al escribirlas se queda tan á oscuras como al leerlas nosotros. Yo entreveo, sin embargo, que, al través de mil contradicciones, Tassara no es el pesimista desesperado que se manifiesta en estos versos escritos en momentos de pésimo humor:

El mal hizo en la tierra su guarida;  
El bien no es más que idealidad suprema.

Con lo cual niega toda bondad asequible al género humano, así como le niega también la capacidad de adquirir por el raciocinio la verdad transcendente cuando dice que la filosofía,

Carnal matrona de infecundo seno,  
Jamás pudo engendrar una creencia.

Yo entreveo, repito, que Tassara espera días mejores. Su Apocalipsis no es sombría como la de Donoso, sino que tiene mucho de alegre y de triunfante. La nueva Jerusalén bajará del cielo, y no sólo serán arro-

jados de ella los ateístas y los impíos, sino también los flamantes *fariseos de la caduca ley*, donde parece aludir á los neocatólicos, clericales, ó como queramos llamarlos, del día de hoy. El magnífico *Himno* que escribió Tassara al Mesías resume sus esperanzas más sublimes. Cierto es que la humanidad entera se halla poseída del demonio, según Tassara; pero también es cierto que Cristo ha de venir á libertarla. El poeta lo declara con esta consoladora pregunta:

Luzbel ha vuelto al mundo  
¿Y Dios, no volverá?

Aunque sea reiterar lo que ya mil veces he dicho, diré ahora de nuevo que, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el día presente, la poesía se ha conservado en España con fertilidad no menor que la de otra época cualquiera. Aunque sostuviese lo contrario el ingenioso y malogrado *Clarín*, creo yo que el estro poético no ha decaído entre nosotros. En nada se nota menos la decadencia de España. Yo, no obstante, por mil razones, largas de exponer aquí, no me atrevo á tratar de otros poetas con la misma extensión con que he hablado ya de algunos. Me falta espacio para extenderme, y temo además ser injusto exagerando el



mérito de algunos, porque la amistad puede cegarme, ó rebajando el de otros por espíritu de contradicción ó por el prurito de luchar contra la corriente del favor público de que ellos gozan. De lo último tengo menos recelo. Yo soy más idólatra que iconoclasta; pero de mi propensión á la idolatría, y cuando no á la idolatría á la indulgencia, ha habido acusadores y censores que me han hecho tremendo capítulo de culpas. Apariencia de justicia habría en afirmar que, ensalzando mucho á los que valen poco y ensalzando poco á los que valen mucho, propendo yo á nivelar, á pasar sobre todos el rasero y á suprimir eminencias. La verdad es que yo disto mucho de creer en la igualdad humana, pero no creo tampoco en monstruosas desigualdades. No me siento ni propongo ni autorizo á conceder diploma de superhombre ó de superespañol á nadie, en ningún oficio ó ejercicio. Toda desigualdad dentro de lo humano, es para mí de grados y no de esencia. Y desde el más estúpido é ignorante de mis prójimos, hasta los Platones y Píndaros de nuestros días, hay para mí infinitamente menos distancia que desde dicho prójimo estúpido hasta el mono más listo. Fuera de esta natural propensión de mi espíritu y de

la benevolencia y el afecto con que miro todo trabajo y esfuerzo literario por infructuoso que sea, no me remuerde la conciencia de haber escatimado las merecidas alabanzas á los populares y dichosos, ni de haber procurado aupear á los que valen mucho menos, para que con ellos se hombreen.

Satisfecho quedaría D. Ramón de Campoamor de un escrito mío en elogio de sus obras poéticas, cuando le tomó espontáneamente y le puso como prólogo en la edición que Boudry hizo en París de dichas obras. En otros artículos y estudios no escatimo yo, sino corroboro mis alabanzas á Campoamor con quien sostuve además una polémica muy cortés y amistosa, cuyas partes reunimos ambos en un volumen, con el título de *La Metafísica y la Poesía*, impreso en 1891. Y, por último, el mismo Campoamor da testimonio del entusiasmo con que yo le he ensalzado al llamarme, en la dedicatoria de un ejemplar de *El licenciado Torralba* (1888), *el primer crítico cuya benevolencia le alentó en su carrera.*

Ha sido ésta tan larga y tan gloriosa, y la popularidad del poeta ha ido siempre tan en aumento durante cerca de sesenta años, desde poco después de 1840 hasta el día de hoy, que no ha menester que ningún crítico

la apoye ó la confirme con sus panegíricos. Después de Quintana, Espronceda y Zorrilla, y muy por cima de Becquer, es Campoamor famoso en el mundo. Si no ha formado escuela, si tiene pocos imitadores, es por lo arduo y peligroso de tal imitación. La hace ardua la originalidad del poeta, y el peligro nace de engañarse ó de extraviar se quien le imite, siguiendo los mismos preceptos que Campoamor ha dado al escribir su *Poética*. De buena fe entiende él que los sigue, pero, en realidad, no los sigue. Su desmandado ingenio no puede someterse á precepto alguno, ni aun á los que él mismo impone. Estos forman, en realidad, un tejido ó red de sutilezas y de paradojas que el alado y libre espíritu del poeta es el primero en romper para volar por donde quiere. Hasta sus invenciones de nuevos géneros de poesía, como son sucesivamente las *doloras*, los *pequeños poemas* y las *humoradas*, son invenciones en cierto modo engañosas. Lo que distingue á cualquier *dolora*, *pequeño poema* ó *humorada* de las composiciones de otro autor, lo que les presta sello característico y exclusivo, no es la novedad del género, sino la idiosincrasia de quien ha inventado dicho género y le emplea. Su amable y prudente escepticismo, que deja

á salvo y en muy segura y respetada custodia las más altas verdades del dogma religioso; su pesimismo dulce y somero, bajo cuyo velo de melancolía se traslucen la apacible sonrisa del poeta, su contento de vivir, su satisfacción y su alegría; los hábiles discreteos con que acierta á combinar á Platón y á Epicuro, lo sensual y lo espiritual, lo erótico y lo casi místico, y el ligero tinte ó barniz de filosofía en que lo envuelve todo, cuyos misterios son poco difíciles de comprender y están al alcance de las muchachas, que se regocijan y se envanece de comprenderlos, son prendas que resaltan en Campoamor, que le diferencian de los otros poetas, y que le han hecho y le hacen popular y admirado.

En teoría se muestra Campoamor acérrimo enemigo de lo que llamamos dición poética: de giros, frases y vocablos que no se emplean en prosa, y que en verso suelen ó deben emplearse; pero Campoamor, si bien se mira, aunque peca á menudo de prosaico en la forma, por su prurito de ser ó de parecer siempre lacónico, sencillo y claro, todavía cuida muchísimo de la forma, sin caer en ello ú ocultándosele á sí propio. Tal vez cuando él se engríe más, imaginando que triunfa por el pensamiento

puro, y que hechiza y enamora á sus lectores ó á sus oyentes con la metafísica versificada que les propina, es por el encanto, por el primor y la gracia de la forma por lo que los enamora y los hechiza. Y no es esto decir que valga poco Campoamor como metafísico ó filósofo. No me incumbe discutir aquí sobre esto, ni aquí tengo espacio para hacerlo como se debe. No quiero, ni debo declarar, si es fundamental ó ligera, seria ó jocosa la filosofía de Campoamor. Consignada está en extensos tratados, cuyos títulos son *Lo absoluto*, *El personalismo* y *El ideismo*. Examínelos y júzguelos quien pueda y sepa. Posible es que los califique de juegos chistosos de la fantasía; pero ¿por que no ha de ser también posible que descubra y haga patente en dichos tratados un sistema completo de la ciencia primera, una inaudita y fundamental filosofía? ¿Por qué hemos de desdeñar ó estimar sólo como chiste ó agudeza de ingenio lo que inventa Campoamor filosofando, y hemos de tomar tan por lo serio, pongamos por caso, á Krause, Schopenhauer ó Nietzche? Quizás no tenga más motivo el crítico pensador y positivista para calificar á Campoamor de disparatado cuando filosofa, que para calificar del mismo modo á cualquiera de

los tres mencionados fundadores de escuela.

Prescindiendo, pues, de la filosofía de Campoamor, y poniéndola á un lado con duda circunspecta y con modestia conveniente, repitamos aquí que es poeta amenísimo, original y fecundo, y que tiene y seguirá teniendo por mucho tiempo la gloria de agradar á cuantos le leen, y particularmente á las mujeres.

Entre los discípulos que Campoamor se lisonjeaba de haber formado, hay uno cuyas poesías, reunidas y publicadas en un tomo en 1875, presentó al público Campoamor y patrocinó con un extenso prólogo. Hablo del ilustre y malogrado escritor D. Manuel de la Revilla, orador discreto muy aplaudido en el Ateneo; crítico casi siempre imparcial, aunque severo y sobrado descontentadizo en ocasiones; hombre de vasta lectura y de muy variados conocimientos; inseguro en sus creencias y vacilante en sus afirmaciones, y sediento de la verdad, y buscándola con ansia en cuantos sistemas y novedades filosóficas, políticas y literarias se lanzan á la palestra para conquistar el aprecio y el crédito entre las gentes.

Halla Campoamor que D. Manuel de la Revilla escribe *doloras*, aunque no las cali-

fica ni les da el nombre de tales. Sobre esto yo no discuto. Serán ó no serán *doloras* algunas composiciones de Revilla; pero con no menor fundamento pudiera sostenerse que otras composiciones de Revilla se asemejan á las de Becquer y otras á las de otros poetas. Sujeto tan aficionado á leer como Revilla, y tan indeciso en todo, no es de extrañar que, por el estilo, se parezca ya á unos, ya á otros. Por el fondo, no obstante, Revilla á pocos ó á nadie se parece, y menos á Campoamor.

El tomo de poesías de Revilla se titula *Dudas y tristezas*, y el título está harto justificado. Revilla no está triste como Campoamor, sino que está triste de veras. No lleva con resignación sus dudas, ni finge con ligereza caramillos metafísicos en que se resuelvan, sino que son dudas que persisten sin resolverse, y que atormentan y amargan á quien contra ellas combate. Posible es que esta lucha, tan incesante como estéril, contribuyese á minar el poco robusto organismo de aquel hábil escritor y notable poeta, cuya vida terminó antes de cumplir treinta y cinco años. Sus versos no creo yo que merezcan por la tersura, firmeza y sobriedad de la expresión, ser calificados como producto del saber y del jui-

cio, y no del sentimiento y de la fantasía. Creo, por el contrario, que Revilla sentía é imaginaba como poeta, ya que no deben tomarse por fruto de la imaginación las hojarascas sonoras, ni por legítima sensibilidad los hiperbólicos y descompasados lamentos.

A pesar de la creciente afición á la prosa, que ya se emplea más que el verso en el teatro, y de la que tanto gusta el público en la novela, tan floreciente en el día, y á pesar de los infortunios nacionales que hoy, como nunca, inducen á los estudiosos á dedicarse no á la amena literatura sino á las cuestiones políticas y sociales, todavía en los últimos años del siglo XIX ha crecido, en vez de disminuir, el número de los poetas dignos de memoria y aun de elogio. Por mil razones no los citaré ni los celebraré á todos como merecen, ni menos me detendré á examinar y á juzgar sus obras. Los más de ellos han salvado los límites del siglo XIX y han entrado en el siglo XX, algunos con hermosos y, á mi ver, inmarcesibles laureles conquistados ya, otros con rica y preciosa labor, por la que acaso merezcan también los laureles, aunque sobre ello continúe el litigio y no se haya dado sentencia definitiva, y muchos haciéndonos

concebir halagadoras esperanzas y dándonos brillantes promesas.

En casi todos se advierte, por dicha, que persiste claro é indeleble el sello de nacionalidad, á pesar de la depresión de los ánimos, del humilde menosprecio de lo castizo, de la más íntima y frecuente comunicación con los escritos extranjeros y del entusiasmo poco crítico con que se acogen las novedades intelectuales, por desatinadas ó estrafalarias que sean, con tal de que vengan de París ó traigan el marchamo de París y estén de moda.

XI

Contribuye más que nada á la conservación del buen gusto indígena y de la mental independencia española la erudita escuela literaria, de la que en el día de hoy podemos considerar como egregio y principal maestro á D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien ya hemos celebrado como poeta, y que ha entrado en el nuevo siglo en lo mejor de su edad, y con toda la sana y brillante lozanía de un ingenio que puede y debe servir de guía y de norte á los otros.

La poesía lírica y épica, á la que aquí debemos limitarnos, sigue hasta hoy teniendo en España no pocos dichosos cultivadores. Me atreveré á nombrar á algunos, aunque se me acuse de que en mi predilección entra por más la amistad que la justicia. En Sevilla D. Francisco Rodríguez Marín, docto jurisconsulto además, é infatigable investigador y hábil escritor de nuestra historia literaria; en Valencia, el notable estadista D. Teodoro Llorente; en Málaga, el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE LEÓN"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO